

Palabras del Presidente del Cosep
Ing. Enrique Bolaños Geyer
Clausura de la XVIII Reunión de la
Organización Regional de
Cámaras de la Construcción de Centroamérica
Salón de Convenciones José Dolores Estrada
Hotel Las Mercedes - Managua
Viernes 26 de Agosto de 1988



Ing. Alfonso Delgado, Presidente de la Cámara de la Construcción;

Ing. Libio Anato, Presidente de la Federación Interamericana de Industria de la Construcción;

Señores Delegados de las Cámaras de la Construcción de Centroamérica y México;

Queridos amigos de la Cámara de la Construcción;

Miembros del Cuerpo Diplomático;

Invitados especiales;

Señoras y señores.

Ayer estuve presente durante el acto inaugural de esta décima octava Reunión de la Organización Regional de Cámaras de la Construcción de Centro América y escuché con gran agrado las palabras que nos dirigió Don Libio. Como decimos en Nicaragua: "Más claro, no canta un gallo".

También escuché las palabras que nos dirigió el Ministro Valenzuela y estoy seguro que durante las sesiones de trabajo, nuestros distinguidos visitantes habrán podido cerciorarse de la verdad y, por lo tanto, no me esforzaré en refutar al Ministro.

Esta tarde prefiero aprovechar este foro para darle un mensaje a América Latina, porque

constantemente escuchamos, y leemos, acerca de la pobreza que reina en América Latina.

No sólo escuchamos acerca de la pobreza de América Latina, sino acerca de la pobreza en otros países o regiones del mundo, pero voy a referirme, durante esta intervención, sólo al caso de América Latina, región en la que estamos enclavados.

En 1980, nos dicen, existían 130 millones de pobres en América Latina y el Caribe, equivalente al 38% de la población, de los cuales 60 millones vivían en condiciones de pobreza extrema, equivalente al 19% de la población.

Durante la década del 70 al 80, aún cuando el crecimiento promedio del Producto Interno Bruto aumentó a un ritmo de 6%, la pobreza sólo disminuyó en un 0.5%.

Ya para 1988, la cantidad de pobres había subido de 130 a 163 millones de personas, o sea, el 40% de la población. Con frecuencia se nos recuerda, se nos informa, que incluso países ricos, como Venezuela y México, encuentran incapacidad para pagar su deuda externa y, casi a diario, escuchamos cosas por el estilo.

Nuestros políticos e intelectuales han necesitado inventar chivos expiatorios, para explicar o excusar esta situación.

Se culpa al legado del colonialismo, por ejemplo, y se nos quiere hacer creer -y desafortunadamente muchísimos ciudadanos lo llegan a creer- que el régimen colonial deliberadamente propugnó el retraso económico por motivos de interés comer-

cial, que destruyó la confianza de los pueblos en sí mismos y creó así el hábito de dependencia.

No podemos menos que preguntarnos con honradez la interrogante acerca de cuánto tiempo puede seguirse utilizando esta explicación o excusa pues ya hemos disfrutado de más de siglo y medio de independencia.

También está "de moda" usar como chivo expiatorio a los países ricos, especialmente a los Estados Unidos, al "Imperialismo", como el principal culpable de esta lamentable situación, porque nuestras economías son agrícolas y nos pagan a precios baratos nuestras cosechas y materias primas, mientras los imperialistas nos venden caro los productos terminados. Tanto los Estados Unidos como el Canadá son preeminentes en la producción agrícola, así como Nueva Zelandia y Australia, y fue precisamente en la producción agrícola y de materias primas que estos países se desarrollaron hacia la prosperidad.

Dice el Profesor John Kenneth Galbraith, izquierdista y connotado economista de fama mundial que: "Si el hecho de ser abastecedor de productos básicos, cortador de leña y acarreador de agua para los demás, coloca a un país en la categoría del Tercer Mundo, entonces Estados Unidos, como con frecuencia he insistido, es, por un amplio margen, la primera de todas las naciones del Tercer Mundo".

Todos los latinoamericanos aspiramos a un mejor nivel de vida: Aspiramos a una mejor educación para nosotros y nuestros descendientes, a mejor salud, a más comodidades, a prolongar la vida promedio, a cosas que nos den satisfacción y placer.

Nos gusta la televisión y la radio. Deseamos un blue jean. Queremos un automóvil. Necesitamos las vacunas contra la polio y contra muchas otras enfermedades.

La penicilina ha salvado millones de vidas. Apreciamos el plástico en todas sus formas. Ya no podemos sumar sin las calculadoras y computadoras.

El teléfono es indispensable. Etc., etc. Sin embargo, lo importante es señalar que la humanidad dispone hoy de todas estas "maravillas" gracias a la capacidad creativa del hombre, que es precisamente el corazón del proceso del desarrollo. Debemos pensar en el "desarrollo" como millones de pequeños avances y no como unas pocas innovaciones monumentales, producto de unos genios o de una revolución.

Los árabes, los latinoamericanos y, en menor escala, los africanos cultivan el café con mayor o menor intensidad, desde hace muchísimas décadas. Pero fueron los europeos y los norteamericanos quienes concibieron, diseñaron y manufacturaron la maquinaria que alivió la ardua labor manual necesaria para todo su proceso preparatorio para poder exportarlo... crudo. Fue un norteamericano, Eli Whitney, graduado en la Universidad de Yale en 1792 quien, en 1794, inventó la desmotadora mecánica de algodón.

Debemos preguntarnos: ¿Por qué esas "maravillas" que tanto reclamamos y exigimos y que tanto benefician a la humanidad, no han sido inventadas, diseñadas, o producidas por latinoamericanos?

Desde 1901 hasta 1986 se han otorgado 570 premios Nobel así: 86 por la Paz, 106 en Química, 128 en Física, 143 en Medicina, 83 en Literatura y, a partir de 1968, 24 en Ciencias Económicas. No incluyo en esta lista los premios otorgados en 1987 porque no he tenido tiempo para actualizar mis archivos, pero sabemos que el Presidente Arias obtuvo el Premio Nobel por la Paz y con él, son 4 los latinoamericanos que lo han obtenido desde 1901. También los latinoamericanos, de 83 premios en Literatura han obtenido 4. En Química uno, y dos en Medicina.

Los latinoamericanos han obtenido pues, 10 Premios Nobel de los 570 otorgados hasta 1986, pero de esos 10, sólo 3 han sido obtenidos en Química y Medicina, los restantes 7 han sido en Literatura y por la Paz.

No dudamos que estos premios otorgados en Literatura y por la Paz son galardones meritorios ya que "no sólo de pan vive el hombre", pero que no ayudan directamente a producir pan, porque "también de pan vive el hombre"; y este "pan", este "mejorar el nivel de vida" es lo que demandamos, exigimos, que se nos dé, si posible gratis y sin tener que esforzarnos en conseguirlo.

No pretendo esta tarde dar respuestas a estos complejos problemas que aquejan a los latinoamericanos. Solamente los planteo ante estos distinguidos visitantes que regresarán a sus respectivos países y continuarán a diario enfrentando los difíciles problemas que su profesión plantea. Sólo deseo hacerlos pensar, por un rato, en estos complejos problemas que se hacen cada vez más explosivos para el futuro de nuestros hijos y nietos.

Estoy hablando esta noche a un grupo de "constructores" y como tales, son ingenieros; o sea que son hacedores, son creadores, son de los "pocos" que tienen que dirigir mientras muchos deben seguirlos. Dios, nada menos, en Su creación del universo, es el Gran Constructor, el Gran Hacedor, el Gran Ingeniero, tal como nos lo dijo ayer Monseñor Mondragón, con otras mejores y más elocuentes palabras.

La ingeniería se aplica hoy día a la economía, a la política, a los seres humanos, y no sólo a las cosas.

Es verdad: incluyo en este concepto a la Ingeniería de Sistemas, pero la ingeniería ha resuelto muchos complejos problemas del pasado, aplicada a sistema de abasto de alimentos, construcción de canales y acueductos, al transporte, a la comunicación, a la cura de enfermedades y a todo

tipo de funciones esenciales en el progreso y bienestar del hombre.

Si queremos resolver los otros, más difíciles, como el que plantea en nuestros días la educación de masas, el desarrollo urbano, la guerra contra la pobreza; si queremos construir una sociedad mejor, debemos primero identificar el problema y luego debemos aplicar el ingenio creativo para el que el ingeniero ha sido entrenado.

En 1848 Charles Ellet debía tender el primer hilo de un puente colgante a través de la hondura que está abajo de las cataratas del Niágara. Antes de tender el cable de acero que iba a sostener el puente, debía tender de una a la otra ribera un andador para que pudieran pasar los obreros. Pero esta vez no podía remolcar en barcazas, de una ribera a la otra, los alambres iniciales, tal como se había hecho en la construcción de otros puentes, ya que las turbulentas aguas de la caída no se lo permitían.

La solución de Ellet fue tan brillante como sencilla y barata. Ofreció cinco dólares a cualquier muchacho que quisiera volar una cometa por sobre la garganta de la catarata. Buscó y contrató pues, al experto, en este caso a un chavalo, a un jovencito. Y así fue.

La cometa llevaba atada una cuerda que llegó así a la orilla opuesta y que sirvió para halar cuerdas más gruesas que en última instancia sirvieron para halar el pesado cable de acero. Hoy lo podríamos hacer, por ejemplo, con el uso de un helicóptero, pero estoy seguro que no nos costaría cinco dólares. En un sentido muy real, la civilización misma depende de los ingenieros, de los constructores. La civilización empieza cuando la gente se reúne en ciudades, las que no pueden existir sin enfrentar y encontrar soluciones a los mismos problemas que afligen a la civilización actual: agua, comunicaciones, defensa, trazos de grandes medianos y hasta pequeños edificios.

Todo este concepto está resumido con gran acierto en el lema que aparece al pie de la tarjeta de invitación a este acto: "La Construcción es la Industria del Bienestar Humano".

Si la construcción es la industria del bienestar humano, como efectivamente la historia ha probado que así es, entonces, señor Ministro Valenzuela, puesto al revés significa que la falta de construcción es la industria del "malestar" humano.

Estoy seguro que mis amigos de la Cámara de la Construcción de Nicaragua, durante las sesiones de trabajo de esta XVIII Reunión Regional de Cámaras de la Construcción de Centroamérica, han explicado a sus visitantes que desde que el socialismo castrista-staliniano comenzó a poner pie en Nicaragua, la "industria del malestar humano", señor Ministro, por la falta de construcción, comenzó a asolar Nicaragua.

Hace una década, en Nicaragua era muy popular una canción-protesta acerca de las casas de cartón, y estoy también seguro que nuestros distinguidos visitantes han transitado por las calles de Managua y han podido constatar cómo abundan ahora las casas de cartón, aunque ya no podemos cantar la canción-protesta acerca de las casas de cartón. "Dime cómo vives y te diré quién eres" nos dijo ayer Monseñor Mondragón.

El desempeño de los ingenieros de la antigüedad se encuentra preservado en las muchas obras que dejaron por todo el mundo: acueductos, ruedas hidráulicas, caminos, pirámides, catedrales y, para resumirlas todas, "las siete maravillas del mundo":

Las Pirámides de Egipto, los Jardines de Babilonia, La estatua de Zeus, el Templo de Artemis, el Mausoleo de Halicarnaso, el Coloso de Roda y el Faro de Alejandría. Pero, resumámoslas

también con obras de nuestra América precolombina, y para no cansarles esta noche con tantos detalles, sólo les pido que recuerden, por ejemplo, el conjunto de pirámides de Teotihuacán, en México; Tikal, en Guatemala; Copán en Honduras; los diez mil kilómetros de caminos incas que cruzaban la costa del Perú desde Colombia hasta Chile; Machu Picchu; Cuzco; etc., etc.

Tanto en el viejo mundo como en el nuevo mundo encontramos muchísimas inmensas obras que fueron construidas con instrumentos rudimentarios y con frecuencia, sus arquitectos sustituyeron la ciencia con el ingenio y la intuición, y hasta crearon sobre la marcha su propia tecnología.

Resolvieron muchos de los problemas prácticos de sus tiempos, y al hacerlo, nos dejaron un gran legado, que es mayor que sus obras: La imaginación y el anhelo de hacer realidad los sueños que concebían.

De igual forma hoy, con ese legado, el ingeniero, percatándose de los ingentes problemas de nuestra civilización latinoamericana en su anhelo por un mejor nivel de vida, debe usar su imaginación y participar activamente, como un hombre integral, en la búsqueda de las soluciones que produzcan resultados positivos y que contribuya a descubrir y usar nuestras propias capacidades y diligencia, que acaben para siempre la vacía creación de chivos expiatorios para excusar nuestras propias debilidades y fracasos.

Estoy invitándolos pues, a participar activamente en política, o sea en el quehacer nacional y hasta en el quehacer continental.

No le tengan miedo a la palabra política, en su acepción más amplia, que es la actuación del ciudadano cuando interviene en el quehacer nacional con su opinión, con su voto, o de cualquier otro modo.

Cuanto más integral es el hombre, mayor es su

responsabilidad en contribuir, participar, demandar, estudiar y aunar criterios, proponer e implementar soluciones en asuntos nacionales que, por su orientación y trascendencia en beneficio de la colectividad, son de interés común para toda la sociedad.

"La Construcción es la Industria del Bienestar Humano"; debemos, por lo tanto, construir toda una nueva actitud y escala de valores; debemos volar la cometa que lleve la cuerda que halará el cable de acero sobre el que colgará el puente de transición entre la ribera de la eterna actitud latinoamericana de miserable autoconmiseración, hacia la otra ribera de prosperidad lograda por la renovación de la fe y la esperanza en nosotros mismos, entre lágrimas y risas, entre éxitos y fracasos, pero con la firme determinación de que lloraremos o reiremos, tendremos éxitos o fracasos, sólo por nuestra propia voluntad, esfuerzo e ingenio.

Que Dios bendiga a Centroamérica.